



ORIENTE ARABE

LAS AMENAZAS

LA sensación de ahora mismo, de este momento, es la de que una nueva gran batalla de la guerra permanente entre israelíes y árabes puede comenzar ya. La sensación va más allá: esa batalla podría complicarse enormemente y arrastrar tras ella a las grandes potencias del mundo. Hay una amenaza reiterada de los Estados Unidos; hay una posición misteriosa de la URSS. Y existen, al parecer, las bombas atómicas de Israel. La advertencia que hizo en ese sentido el presidente de la República de Israel lo corrobora ahora Yasser Arafat, en un discurso pronunciado en el Líbano conmemorando el décimo aniversario de la creación de la Organización de Liberación de Palestina: Israel, según Arafat, tiene cinco bombas nucleares dispuestas para ser arrojadas. «No nos asustan», ha añadido. Ha recordado a los vietnamitas, que continuaron su guerra revolucionaria a pesar de todas las armas de todas clases de los Estados Unidos. En otras palabras, la versión de «La bomba atómica es un tigre de papel», que dijo Mao Tsé-Tung. Las amenazas brotan de todas partes. Y los actos. Oriente árabe sigue llenándose de armas, los actos de violencia se multiplican. Hay ambiente de guerra, sensación de guerra.

Sobre las sensaciones está la lógica, el análisis. La gran guerra de todos, sigue siendo imposible, y cada día lo es más. El

rearme incesante y monstruoso de los Estados Unidos y de la Unión Soviética se prosigue por encima de todas las conferencias y de todos los acuerdos de Vladivostok. Este rearme es una desgracia mundial en el sentido de que es una de las grandes causas de la inflación y de la inestabilidad económica, uno de los principales factores del consumismo —por primera vez en la His-

toria, los gastos militares conocidos de los Estados Unidos superan este año los 100.000 millones de dólares, más las partidas ocultas del presupuesto—; pero esta desgracia mundial está compensada porque la acumulación de armas hace cada vez más difícil la guerra, ya que todavía no han variado las condiciones del equilibrio del terror. Lo que se busca con la inflación armamentista (aparte de los beneficios ciegos de los implicados en la industria militar) es la superación de ese equilibrio: el arma total que permita a una gran superpotencia destruir, enteramente a la otra sin darle ningún tiempo para la réplica. Se está, por lo que se sabe, lejos de ella. Seguimos viviendo en una paz que no es tal, sino una negación de la guerra.

Con un análisis no pasional o no sensorial, puede concordarse

con las tesis oficiosas yugoslavas: las amenazas proferidas por los Estados Unidos son psicológicas y buscan una intimidación. Son amenazas bastante firmes. Después de las emitidas por el presidente Ford a poco de ocupar la Presidencia, vienen ahora las de Kissinger en sus declaraciones a «Business Week»: los Estados Unidos estarían dispuestos a realizar una intervención

militar para evitar el estrangulamiento de la economía occidental por el arma del petróleo. Su intervención sería la estrictamente necesaria para ocupar los yacimientos de petróleo árabes. Pero esta intervención militar «sería imprudente sin analizar antes la posición que tomaría la Unión Soviética». En otra entrevista realizada unos días antes por el semanario «Newsweek» analizaba cuál podría ser la postura soviética: «La *détente* no significa que la Unión Soviética y nosotros nos hayamos convertido en colaboradores, sino que somos en parte rivales, en parte ideológicamente incompatibles, en parte apuntando hacia la colaboración. El Oriente Medio es un área donde la cooperación está lejos de ser satisfactoria». En ese momento se estaba pensando en que Leonidas Brejnev iba a visitar Egipto en el mes de enero. Pero des-

pués, esa visita ha sido anulada. Por enfermedad de Brejnev.

Se especula con esa enfermedad. Desde quienes la suponen puramente diplomática hasta los que la consideran como real y gravísima. Algunos periódicos —el «Guardian» de Londres, el «Tribune» de Chicago— consideran que se trata de leucemia. Esto equivale a decir que Brejnev está condenado a muerte a plazo fijo. Arañando la noticia se ve que bajo ella hay una fuente israelí. El origen está en dos periódicos israelíes, que a su vez citan «círculos judíos americanos». En resumen, que esa noticia puede ser cierta, pero puede también proceder de la guerra psicológica. Otras informaciones dicen que la enfermedad de Brejnev es una bronconeumonía. En cualquier caso, no se explica bien por qué no ha ido a Egipto en lugar de Brejnev otro alto personaje soviético: Kossiguin, Podgorny. Las versiones de los «kremlinólogos», que tienden a la truculencia, pretenden que la política del Oriente árabe es algo personal de Brejnev, o del «grupo Brejnev», considerado como excesivamente contemporizador y colaborador de los Estados Unidos, y capaz de llevar armas y dinero a El Cairo aun a pesar del antisovietismo declarado de Sadat (quien acaba de declarar que en ningún caso volverían a su país los consejeros soviéticos). Siguiendo esa versión, la URSS apreciaría la inminencia de las amenazas de Estados Unidos, no

aceptaría nuevas gestiones de Brejnev para apaciguar la cuestión y se aprestaría a respuestas militares. Esto se produciría también en el caso de que Brejnev, realmente enfermo, muriese. La versión de otros de los llamados especialistas —que merecen toda clase de desconfianzas— es la de que la URSS está plenamente informada de la decisión de los Estados Unidos e Israel de intervenir militarmente en una nueva guerra colonial —la clásica guerra de conquista de materias primas— y habría decidido ya desentenderse de ella: limitarse a condenas verbales, enormemente energéticas y duras, incluso a una retirada de embajador de los Estados Unidos, pero sin pasar de ahí: esto es, quedándose al margen y dejando a los Estados Unidos que se embarquen en una guerra de condiciones imprevisibles y de consecuencias graves para quienes la inician (el propio Kissinger ha dicho que la lección de Vietnam es la de que «es más fácil entrar en una guerra que salir de ella»: la frase original era de Clemenceau, en las postrimerías de la del 14-18). No hay por qué estimar demasiado todos estos cálculos o especulaciones. Aparte de estar contaminados ellos mismos de guerra psicológica, proceden de simples ejercicios mentales más que de datos concretos. Lo verdaderamente cierto es que en estos momentos los Estados Unidos se comprometen verbal y físicamente en el conflicto, y la Unión Soviética rodea de misterio su actitud actual y futura.

Algunos países europeos se desentienden a su vez de las amenazas de los Estados Unidos. Uno tan significativo como Alemania Federal, que acaba de declarar oficialmente que su país no comparte la idea de una posibilidad de guerra para la conquista del petróleo, sino que cree que las negociaciones y la amistad con los árabes son la única solución posible. Estas posiciones europeas han sido muy criticadas por Kissinger en «Business Week»: «Nos criticaron (los países europeos) cuando lanzamos

el orden de alerta, lo vuelven a hacer ahora cuando anunciamos cualquier posición fuerte en este conflicto». La inseguridad o el miedo llevan a estos países a no apoyar la política de los Estados Unidos, «a pesar de que saben que esencialmente es la apropiada». Esta posición europea, suficientemente confirmada y reiterada, es uno de los datos más importantes para alejar la sensación de la guerra.

En los medios árabes se tiene prácticamente la seguridad de que el ataque de Israel no va a tardar en producirse, y que estará secundado directamente por los Estados Unidos. Por su parte, Israel cree que los árabes van a lanzar la guerra, como consecuencia de la nueva y gran preponderancia entre ellos de la Organización de Liberación de Palestina y de las «concesiones» europeas, y los elementos más fuertes recomiendan la «guerra preventiva». Yasser Arafat, en el discurso de aniversario de la OLP, ha anunciado ya que contra las bombas atómicas de Israel, el arma más válida sigue siendo el petróleo y la movilización de los nuevos capitales. Según parece, hay una especie de acuerdo secreto entre los principales productores de petróleo árabes: en el caso de un ataque de Israel, no aplicarían automáticamente el embargo del petróleo, sino que esperarían los acontecimientos. Creen que Israel puede ahora combatir durante veintidós días sin recibir ayuda de los Estados Unidos (según declaraciones recogidas por «Newsweek»): «de esta manera, si los Estados Unidos inician un puente aéreo durante las dos primeras semanas de la guerra, sabremos que lo que quieren es provocar un embargo del petróleo por nuestra parte para tener un pretexto para su intervención militar». Dicho de otra manera, estos estrategas árabes de la guerra del petróleo entienden que las actuales amenazas de los Estados Unidos tienden: a) a evitar que embarguen el petróleo cuando Israel lance su ataque, y b) a intervenir tan pronto como ese embargo comience a funcionar. ■

LOS QUE SE VAN

Ogino, pionero de la contracepción

Probablemente, el doctor Ogino —fallecido en su país, Japón, a los noventa y dos años— contribuyó notablemente al aumento de la demografía, cuando lo que pretendió en su vida de investigador fue todo lo contrario. Kiusaku Ogino está en el alba de la contracepción: pero su método fue y es tan poco seguro, tan poco fiable, que al dar confianza a muchas mujeres, sus fallos han sido notorios. Es, por otra parte, el único sistema de contracepción reconocido hasta la fecha por la Iglesia católica —o tolerado—, porque no se basa en medios artificiales, sino en una continencia periódica que debe coincidir con el breve período de la fertilidad de la mujer.

Al margen del valor práctico de la cuestión, el doctor Ogino realizó descubrimientos científicos de gran importancia. Los ovarios de la mujer contienen aproximadamente medio millón de células germinables primordiales: una vez al mes, una de estas células madura y pasa a la cavidad del útero, donde puede ser fecundada si un espermatozoo masculino llega hasta ella, bien porque esté allí ya, o porque penetre cuando el óvulo está dispuesto a ser fecundado. La célula femenina tiene una vida de cuarenta y ocho horas: el espermatozoo masculino, de veinticuatro. Por lo tanto, la fertilidad sólo puede producirse si el espermatozoo llega al óvulo menos de veinticuatro horas antes que éste, al mismo tiempo o menos de veinticuatro horas. Sumariamente, el cálculo del tiempo de fertilidad es de aproximadamente tres días. Todos los demás son días libres. La cuestión está en determinar cuál es el día de la ovulación. Esto sucede en el día catorce del ciclo menstrual, esto es, cuando la membrana del útero está preparada para recibir y nutrir el óvulo si éste es fertilizado.

Los problemas se plantean de esta forma: el individuo femenino es de biología muy variable, y el ciclo de cada uno corresponde a su propia identidad. La exactitud del catorceavo día es también variable. La vida del óvulo es de cuarenta y ocho horas "por término medio", pero también los hay que son activos durante algún tiempo más. Igual sucede con el espermatozoo masculino, que puede prolongar su vida más de las veinticuatro horas previstas. Si se añade a todo ello los errores posibles de cálculo, se ve claramente dónde están los fallos del sistema Ogino. O más bien, Ogino-Knaus, porque al mismo tiempo que el japonés, otro ginecólogo investigador austriaco, Knaus, realizaba los mismos experimentos. Ogino los anunció en 1923. Estaba preocupado por la enorme demografía de su país, uno de los más densos del mundo. El profesor austriaco añadió después una innovación importante en el camino de la seguridad contraceptiva: la ovulación produce en la mujer un aumento de temperatura basal, de forma que su medición podría determinar el momento de la fertilidad. Falta también, porque las alteraciones de temperatura pueden obedecer a otros muchos desórdenes.

El método Ogino-Knaus se comercializó mediante la venta de tablas, libros y termómetros. Produjo algunos beneficios a sus descubridores. Y una gran popularidad, sobre todo para Ogino, tema de cuplés, chistes de periódico, literatura de humor (como suele suceder con todo lo que se refiere a la vida sexual).

La aparición de otros contraceptivos químicos o mecánicos (la serie que va desde la "pildora" por antonomasia al esterilete) hubiese debido terminar con el método Ogino y con sus fallos, aun reconociendo al doctor japonés la paternidad —si en este caso se puede utilizar tal palabra— de los descubrimientos que han producido esta gran cadena. El hecho de que la Iglesia católica haya tolerado únicamente el método de Ogino y desautorizado todos los demás por considerarlos antinaturales ha prolongado su vigencia hasta nuestros días en las grandes zonas católicas. Sólo un cuidado extremo en cálculos y mediciones puede darle eficacia, y éstos sólo son posibles en mujeres de una gran exactitud en los ciclos biológicos. ■ PABLO BERBEN.

